

Amado Nervo. Obras I, II. Gustavo Jiménez Aguirre, Yólotl Cruz Mendoza y Claudia Cabeza de Vaca (eds.) (ALEJAN-DRO HIGASHI).....179-183

Laura Guerrero Guadarrama. La ironía en la obra temprana de Rosario Castellanos (RAQUEL MOSQUEDA RIVERA)....185-188

Efraín Huerta. Aurora roja. Crónicas juveniles en tiempos de Lá-zaro Cárdenas. 1936-1939. Guillermo Sheridan (ed.) (ELIFFLARA ASTORGA).....189-191

Juan Antonio Rosado. El engaño colorido y otros ensayos literarios (JESÚS GÓMEZ MORÁN).....193-197

AMADO NERVO. *Lunes de Mazatlán (crónicas: 1892-1894)*. Edición, liminar, estudio y notas de Gustavo Jiménez Aguirre. México: Océano/Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2006, 347 pp. (*Obras*, 1).

AMADO NERVO. *Tres estancias narrativas (1890-1899)*. Edición y notas de Yólotl Cruz Mendoza, Gustavo Jiménez Aguirre y Claudia Cabeza de Vaca; estudios de José Ricardo Chaves y Yólotl Cruz Mendoza; coordinación y liminar de Gustavo Jiménez Aguirre. México, Océano/Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2006, 319 pp. (*Obras*, 2).

Cuando hablamos de las “obras completas” de un autor incurrimos en una paradoja o, al menos, en un equívoco: ¿cómo pueden ser “obras completas” en plural, cuando aluden a una sola y acabada obra, absoluta, única y total? Esa Obra, con mayúscula y en singular, supondría un plan previo (del que no escapase ninguna página escrita a hurtadillas para satisfacer el pedido tan especial de un amigo, una carta de amor volandera o el compromiso ineludible con alguien a quien apenas se conoce de nombre o fama) y quizá exigiría podar mucho y ahorrarse muchas malas páginas para alcanzar la pulimentada perfección de un maestro. Amado Nervo aspiró a esta perfección, pero no la alcanzó siquiera, como nos cuenta en ese ensayo de autobiografía de 1907 titulado “Habla el poeta”: “He hecho innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas, pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico, no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo!”¹

Las “obras completas” son imperfectas y sólo retratan muy lejanamente esa Obra completa que el autor de oficio crea a lo largo de un proceso lento y

¹ Amado Nervo. *El libro que la vida no me dejó escribir. Una antología general*. Selección y estudio preliminar de Gustavo Jiménez Aguirre, México: Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 427.

accidentado. Esta imperfección, sin embargo, termina por resultar enriquecedora. El ideal unamuniano —el de ese Unamuno al que tanto admiró nuestro Nervo— de escribir una novela “como se vive, sin saber lo que vendrá”, que pueda comenzarse “con lo primero que se me ocurrió, sin saber lo que seguiría, sin plan alguno”,² se cumple en el escritor de oficio. La vida es imperfecta y las obras de un autor también lo son cuando son sinceras, pero ahí justamente radica su valía, pues el lector atento encuentra en las dudas y titubeos de la pluma, la grandeza de la frase cincelada al primer intento.

Por supuesto, para distinguir la vacilación significativa del mero error hace falta un paladar fino y un largo proceso de degustación, principales méritos de estos dos primeros tomos de las *Obras* de Amado Nervo que nos entrega Gustavo Jiménez Aguirre, cabeza de un ambicioso grupo de trabajo formado en esta primera etapa por Yólotl Cruz Mendoza, Claudia Cabeza de Vaca y José Ricardo Chaves. Más que de unas obras completas que buscan el éxito editorial o que testimonian una ambición artística, el laborioso trabajo emprendido por este grupo nos ofrece una mirada plural sobre un Amado Nervo que gana en complejidad y riqueza intelectual con esta labor de rescate. Hasta ahora, la imagen que generación tras generación nos habíamos forjado de Nervo podría considerarse fraguada de un solo golpe. Como apunta José Ricardo Chaves en una revisión de la narrativa nerviana, “inicialmente alcanzó renombre como narrador, con *El bachiller*, aunque luego lograra prestigio internacional como poeta”.³ Esta imagen unidimensional como poeta se consolidaría sin duda con otra empresa editorial semejante, aunque muy lejana de la emprendida por Gustavo Jiménez: las *Obras completas* publicadas por Alfonso Reyes en 1920 dentro de Biblioteca Nueva, al año siguiente de la sentida muerte del autor de *La amada inmóvil*, donde justamente se subraya y consolida la imagen pública del vate: en primer lugar, se fueron publicando aquellos volúmenes que mejor rescataban su labor poética; a la cabeza de la colección iban *Perlas negras*, *Místicas*, *Poemas*, *El éxodo y las flores del camino*, etc.; es decir, los libros poéticos con los que mejor identificaban los lectores a Nervo; sobra decir que *El donador de almas* apareció en el tomo sexto de las *Obras completas*, que *Juana de Asbaje* esperó hasta el octavo y que los *Cuentos misteriosos* tuvieron que esperar hasta el vigésimo tomo de los 29 que formaron la extensa colección.

Hoy, las decisiones editoriales que había que tomar parecen muy distintas. Estas nuevas *Obras* inician con prosas tempranas de Nervo que no son ni lo

² Miguel de Unamuno. *Niebla*, ed. de Armando F. Zubizarreta. Madrid: Castalia, 1995, p. 178.

³ “En torno a la narrativa nerviana”, en *El libro que la vida no me dejó escribir. Una antología general*, p. 507.

más reconocido de su pluma ni lo más connotado del horizonte intelectual actual (la crónica periodística es un género híbrido difícil de clasificar y digerir por un público académico pendiente más de la rigidez taxonómica que de sus atractivos literarios; además, su anclaje con la realidad cotidiana también justifica en mucho el desinterés en los lectores de hoy), pero sin duda cumplen cabalmente con los propósitos de Gustavo Jiménez, despejando “el camino de iniciación de un prosista que se va ajustando a los modelos consagrados en las metrópolis literarias de la época” (I: 73). Estas primeras prosas publicadas en un pequeño periódico de Mazatlán entre 1892 y 1894 complementan la imagen que teníamos del autor como el poeta popular que sería a su muerte; no se trata sólo de un poeta sensible, sino de un estratega que lucha por insertarse en el campo cultural con las únicas armas que tiene: el periódico como medio de proyección, por un lado, y la crónica de cuño najeriano como fórmula editorial, por el otro. De este complejo recorrido que va de la vocación artística al oficio literario da cuenta el agudo estudio de Gustavo Jiménez (I: 21-72), donde vemos a un Nervo que poco a poco se desprende “tanto de las convenciones genéricas de los artículos de costumbres a la manera de Ramón de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra, como de las pautas nacionalistas de José Tomás de Cuéllar, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano”, para iniciar a principios de 1893 “la evolución acelerada del prosista” (I: 58). El menesteroso espectáculo social y cultural que ofrecía la vida mazatleca poco a poco orientará las prosas de Nervo por los derroteros de un esteticismo fantasioso; a menos lastre de la realidad diaria, más vuelos de la fantasía por lo que, como concluye Gustavo Jiménez, “sitiado por el narcisismo de su público, por la escasez y pobreza de espectáculos teatrales y por la ‘notable falta de acontecimientos’ en Mazatlán, con bastante frecuencia Nervo supo romper el ‘círculo que ahoga la imaginación’ del cronista” (I: 62). Así, el simple anuncio de un baile en el casino el 15 de septiembre sirve de pretexto para un interesante texto metafictivo que inicia con: “Frente a frente de algunas cuartillas de papel y con la pluma en ristre, me he preguntado como Guy de Maupassant: ‘¿dónde están mis ideas?’ Y las he buscado en vano” (I: 176); esta forma desconcertante de iniciar será aprovechada después para “Un cuento” de *Almas que pasan* (véase nota 85), prueba de que el oficio en Nervo no estaría peleado con el artificio.

El complemento de este viaje iniciático a la ficción se encuentra en el segundo tomo de las *Obras*, dedicado a la cuentística temprana de Nervo: los cuentos publicados en Zamora, Mazatlán y Ciudad de México entre 1890 y 1899. Se trata de 58 relatos que enriquecen el restringido canon de relatos y prosas poéticas que por muchos años prevaleció en la recopilación de Alfonso Méndez Plancarte y que se sumaba como volumen XXX de las *Obras completas* preparadas por Reyes: la *Mañana del poeta* de 1938. Ahora disponemos de

un caudal mayor de materiales para evaluar y entender mejor el despertar de Nervo a la prosa literaria en ese momento en el que, como señala José Ricardo Chaves en el primer estudio, “está definiendo estrategias de escritura (modernismo y costumbrismo están en el aire)” (II: 15). ¡Y vaya que estaban en el aire! Al cierre de las tentativas nervianas, por ejemplo, el 30 de enero de 1900 se daban los resultados del premio de cuento convocado por el diario madrileño *El Liberal* en favor de dos textos costumbristas, “Las cosas del tío Juan” de José Nogales y “La ‘Chucha’”, de doña Emilia Pardo Bazán. Otro cuento llamó la atención del jurado (entre ellos, Juan Valera), pero al final decidieron no favorecerlo: así, “Satanás” de Valle Inclán, “escritor joven todavía [...] de éstos que llaman modernistas” a decir de Valera, perdía frente a sus contrincantes realistas-naturalistas.⁴ En este clima de aceptación y rechazo es que se dirimen las estrategias de la narrativa breve nerviana. Nuevamente, contra lo que sería de esperar, las obras completas no privilegian la valoración general (volcada hacia las novelas cortas luego de *El donador de almas* y *El bachiller*), sino a sus primeros ejercicios narrativos que, sin duda, explican mucho de lo que vendrá. Como expresa José Ricardo Chaves en uno de los indispensables estudios introductorios (“Tópicos y estrategias en la narrativa inicial de Amado Nervo”, II: 15-36), en estos cuentos puede encontrarse el taller que luego Nervo explotaría: varios tópicos y obsesiones narrativas ya estaban en germen en esta narrativa temprana, como la cuestión religiosa o la figura idealizada de la mujer; otros faltan, pero por ello también resultan significativos en la colección, como sucede con la vena fantástica; según puede comprobarse con la lectura de estos cuentos tempranos, Nervo sólo descubrirá “las posibilidades de lo fantástico para canalizar sus preocupaciones eróticas y sentimentales” hasta *El donador de almas* de 1899 (34-36). Estos cuentos también marcan las deudas del joven Nervo con el romanticismo (a semejanza de lo que pasará con Díaz Mirón, Martí o Gutiérrez Nájera) y su paulatino alejamiento en la búsqueda de una identidad narrativa; Yólotl Cruz Mendoza se ocupa en un segundo estudio introductorio (“Lecturas y transfiguraciones románticas en los primeros relatos de Amado Nervo”, 37-56) de señalar la ineludible influencia de Bécquer y, al mismo tiempo, su peculiar adaptación al campo mexicano.

En fin, quien busque en estos dos primeros tomos de las Obras de Amado Nervo al poeta de *La amada inmóvil* o al de “El día que me quieras” (parafraseada por Alfredo Le Pera y musicalizada por Gardel según los esquemas del joven bolero mexicano) se llevará una grata sorpresa, porque el cuidadoso

⁴ José María Martínez Cachero, “Introducción”, en *Antología del cuento español 1900-1939*. Edición, introducción y notas de José María Martínez Cachero. Madrid: Castalia, 1994, p. 7.

trabajo de rescate literario que realizan Gustavo Jiménez y su equipo ofrece un terreno fértil para entender mejor el profundo calado del poeta, cuentista, cronista y novelista en el exuberante campo cultural mexicano de principios de siglo.

ALEJANDRO HIGASHI
Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa